

FERDINAND DE SAUSSURE

CURSO DE
LINGÜÍSTICA GENERAL

Traducción, prólogo y notas de AMADO ALONSO

VIGESIMACUARTA EDICIÓN

EDITORIAL LOSADA
Liberalos Libros

Título del original francés: *Cours de linguistique générale*
Editorial Losada. S.A. Moreno 3362 Buenos Aires. 1945

Notas de la edición digital:

- a) Se ha conservado la numeración de páginas original.
- b) Pueden existir diferencias (respecto del original) en los caracteres fonéticos utilizados, que abundan, a cada paso, y en cada página. En la medida de lo posible, hemos intentado ser fieles al original. Aquellos que necesiten estricta precisión en estos puntos, deberán remitirse necesariamente al original para aclarar dudas.

INDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	7
CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL.....	20
PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN FRANCESA	21
INTRODUCCIÓN	25
CAPÍTULO I - OJEADA A LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA	25
CAPÍTULO II - MATERIA Y TAREA DE LA LINGÜÍSTICA. SUS RELACIONES CON LAS CIENCIAS CONEXAS.....	30
CAPÍTULO III - OBJETO DE LA LINGÜÍSTICA.....	32
CAPÍTULO IV - LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA Y LINGÜÍSTICA DEL HABLA	41
CAPÍTULO V - ELEMENTOS INTERNOS Y ELEMENTOS EXTERNOS DE LA LENGUA.....	44
CAPÍTULO VI - REPRESENTACIÓN DE LA LENGUA POR LA ESCRITURA	51
CAPÍTULO VII - LA FONOLOGÍA	55
APÉNDICE - PRINCIPIOS DE FONOLOGÍA	60
CAPÍTULO 1 - LAS ESPECIES FONOLÓGICAS	60
CAPÍTULO II - LOS FONEMAS EN LA CADENA HABLADA.....	72
PRIMERA PARTE - PRINCIPIOS GENERALES.....	91
CAPÍTULO I - NATURALEZA DEL SIGNO LINGÜÍSTICO	91
CAPÍTULO II - INMUTABILIDAD Y MUTABILIDAD DEL SIGNO	92
CAPÍTULO III - LA LINGÜÍSTICA ESTÁTICA Y LA LINGÜÍSTICA EVOLUTIVA	105
SEGUNDA PARTE - LINGÜÍSTICA SINCRÓNICA.....	120
CAPÍTULO I - GENERALIDADES.....	120
CAPÍTULO II - LAS ENTIDADES CONCRETAS DE LA LENGUA.....	122
CAPÍTULO III - IDENTIDAD, REALIDAD, VALORES.....	127
CAPÍTULO IV - EL VALOR LINGÜÍSTICO.....	131
CAPÍTULO V - RELACIONES SINTAGMÁTICAS Y RELACIONES ASOCIATIVAS	142
CAPÍTULO VI - MECANISMO DE LA LENGUA.....	147
CAPÍTULO VII - LA GRAMÁTICA Y SUS DIVISIONES.....	153
CAPÍTULO VIII - PAPEL DE LAS ENTIDADES ABSTRACTAS EN GRAMÁTICA	156
TERCERA PARTE - LINGÜÍSTICA DIACRÓNICA	159
CAPÍTULO I - GENERALIDADES	159
CAPÍTULO II - LOS CAMBIOS FONÉTICOS	163
CAPÍTULO III - CONSECUENCIAS GRAMATICALES DE LA EVOLUCIÓN FONÉTICA.....	172
CAPÍTULO IV - ANALOGÍA.....	180
CAPÍTULO V - ANALOGÍA Y EVOLUCIÓN.....	188
CAPÍTULO VI - LA ETIMOLOGÍA POPULAR	195
CAPÍTULO VII - LA AGLUTINACIÓN.....	198
CAPÍTULO VIII - UNIDADES, IDENTIDADES Y REALIDADES DIACRÓNICAS.....	201
APÉNDICES - A LAS PARTES TERCERA Y CUARTA	205
CUARTA PARTE - LINGÜÍSTICA GEOGRÁFICA.....	212
CAPÍTULO I - DE LA DIVERSIDAD DE LENGUAS.....	212
CAPÍTULO II - COMPLICACIONES DE LA DIVERSIDAD GEOGRÁFICA	215
CAPÍTULO III - CAUSAS DE LA DIVERSIDAD GEOGRÁFICA	219
CAPÍTULO IV - PROPAGACIÓN DE LAS ONDAS LINGÜÍSTICAS.....	229
QUINTA PARTE - CUESTIONES DE LINGÜÍSTICA RETROSPECTIVA.....	236
CAPÍTULO I - LAS DOS PERSPECTIVAS DE LA LINGÜÍSTICA DIACRÓNICA.....	236
CAPÍTULO II - LA LENGUA MÁS ANTIGUA Y EL PROTOTIPO.....	239
CAPÍTULO III - LAS RECONSTRUCCIONES	242
CAPÍTULO IV - EL TESTIMONIO DE LA LENGUA	246
EN ANTROPOLOGÍA Y EN PREHISTORIA.....	246
CAPÍTULO V - FAMILIAS DE LENGUAS Y TIPOS LINGÜÍSTICOS.....	252

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Con este prólogo quisiera hacer ver al lector cómo la ciencia es tarea que se va cumpliendo sin detenerse nunca, y cómo puede un sabio ser tan ilustre por los problemas que se plantea y resuelve como por los que obliga a sus colegas y sucesores a replantear y resolver.

El *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo; el más profundo y a la vez el más clarificador. Es la suya una posición científica positivista, sí; pero la doctrina de Saussure es algo más que el resumen y coronación de una escuela científica superada; lo que aquí se nos da, o lo mejor y más personal de lo que se nos da, se salva de la liquidación del positivismo, incorporado perdurablemente al progreso de la ciencia. Pienso sobre todo en el riguroso y sistemático deslindamiento de dos parejas de conceptos lingüísticos, una que atañe directamente al objeto de estudio, y secundariamente a los métodos respectivos; la otra, al revés: la *lengua como sistema* de expresiones convencionales usado por una comunidad, y el *habla* como el uso individual del sistema; la lingüística *sincrónica*, que estudia la constitución y funcionamiento de un sistema, y la lingüística *diacrónica*, que estudia su evolución (ver los índices). Pienso en su rigurosa concepción estructuralista de las lenguas como *sistemas* en que todos los términos son solidarios, y en el concepto complementario —más bien implicado— de «valor» (el valor de una unidad lingüística está determinado, limitado y precisado por el de las otras entidades del sistema: *tibio*, lo que no *es frío* ni *caliente*; *domini*, genitivo por su oposición con *dominus*, *domino*, *dominum*, etc.). El valor, que consiste en la solidaridad e interdependencia de una significación con las otras significaciones, emana del sistema e implica la presencia concreta del sistema en cada uno de sus elementos; la significación, dice Saussure, no se sale del elemento aislado y de su idea representada¹. Primera vez

Este concepto lingüístico de valor ha sido revolucionario y de una incalculable fecundidad científica: el funcionamiento entero de una lengua consiste en el juego de identidades y diferencias; valores y sus oposiciones. El concepto de significación, en cambio, no puede parangonarse en rigor científico con el que ya para 1900 había elaborado Edmund Husserl con su método fenomenológico: «la referencia intencional al objeto», «el modo determinado de mentar el objeto». Véase E. HUSSERL, *Investigaciones lógicas*, tomo II, *Investigación primera; Expresión y significación*. Madrid, 1929, págs. 31-109 (ed. de la

que se enfoca el problema del significar en el terreno concreto de la lengua, no ya en el abstracto de la lógica. Y Saussure completa su concepto de la lengua-sistema con una visión personal de las relaciones entre la palabra y el pensamiento, y entre la materia acústica y los sonidos lingüísticos: antes de la formulación idiomática, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa; sólo los signos lingüísticos nos hacen distinguir dos ideas de manera clara y constante. La sustancia fónica tampoco es en sí más que una informe materia plástica que sólo gracias a la lengua se divide a su vez en partes distintas para proporcionar los significantes que el pensamiento necesita. El sonido no es un mero medio fónico material para la expresión de las ideas; en la lengua, sonido y pensamiento llegan por su unión a delimitaciones recíprocas de unidades; el pensamiento-sonido implica divisiones y la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas (pág. 136 y sigs.). Tal es lo que Saussure entiende por articulación: la lengua es el dominio de las articulaciones.

Este concepto de las relaciones entre lengua y pensamiento, mucho más profundo que el meramente asociacionista de los Neogramáticos², está en la misma dirección que la «forma interior de lenguaje» de Humboldt, la «actitud categorial» o clasificatoria de la razón-lenguaje de Bergson y la filosofía de las formas simbólicas de E. Cassirer. Bien es verdad que, fuera del capítulo donde se expone, no interviene ya esta concepción en la marcha del libro, sino más bien el asociacionismo herbartiano de los Neogramáticos³; pero es evidente que esta incongruencia del *Curso* es achacable a la prematura muerte del autor.

No hay aspecto de la lingüística, de los estudiados en el *Curso*, al que Saussure no haya aportado claridad y profundidad de conocimiento, unas veces llegando ya a la interpretación satisfactoria, otras obligando con sus proposiciones a los lingüistas posteriores a superarlo: en fonología, el grado de abertura de los sonidos como criterio de clasificación, la oposición de sonidos implosivos (la *s* de *es*) y explosivos (la *s* de *se*) y su útilísima teoría de la sílaba; en la diacronia*, las distinciones entre cambio fonético y

Revista de Occidente). En la segunda edición alemana, 1913, Husserl reelaboró mucho la primera redacción de 1900, pero esta *Investigación* sobre los signos fue la menos tocada. La doctrina lingüística de los valores (Saussure) tiene también su correspondencia lógica en el § 13 de la *Investigación primera* de Husserl.

² El teórico de los Neogramáticos, HERMANN PAUL, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, concibe estas relaciones como una mera asociación de la imagen acústica (la palabra) con la idea, de existencia autónoma, según la psicología asociacionista de Herbart que presidió tranquila estos estudios durante ochenta años.

³ Especialmente visible en su exposición del circuito del habla.

* En los textos de Amado Alonso y en su traducción del *C.L.G.* se ha respetado la grafía grave de las palabras *diacronia* y *sincronia* adoptada por él, mientras que en los restantes textos, debidos a De Mauro, las mismas han sido traducidas en su forma aguda. (*N. del E.*)

analogía, entre analogía y aglutinación, lingüística externa y lingüística interna, lingüística prospectiva y retrospectiva; en la sincronía, el discernimiento entre lengua oral y lengua literaria, entre oposición y diferencia, entre relaciones sintagmáticas o *in praesentia* y asociativas o *in absentia*; en la vida historicogeográfica de idiomas y dialectos, el espíritu de campanario o fuerza particularista y el intercambio o fuerza unificadora. Con razón se ha llamado a Saussure el gran deslindador de antinomias ⁴.

Una de las características de la mentalidad de Saussure es que cada distinción y cada delimitación de hechos está ya como encarnada en sus exigencias metodológicas, de modo que sus doctrinas han nacido más de las necesidades técnicas de la investigación que de la contemplación filosófica del objeto. Las ventajas inmediatas que los lingüistas hallan en un libro de este carácter son obvias, sobre todo si se añade a lo expuesto el rigor mental de los análisis y de las deducciones como si Saussure, al fin buen positivista, quisiera competir con las ciencias físicas. Para remate, es extraordinario el poder pedagógico de la exposición, con su estilo de antinomias, sus comparaciones tan sugestivas y sus dibujos. Sí; éste será siempre un libro clásico en la ciencia del lenguaje. Su influjo en la investigación particular de todas partes ha sido grande, pero sobre todo en Francia y la Suiza francesa, donde lingüistas tan eminentes como Antoine Meillet, Joseph Vendryes, Charles Bally y Albert Sechehaye lo han acatado como el código supremo del saber teórico y de la orientación en los métodos. «Ortodoxos saussureanos», es expresión que alguno de ellos ha usado y que a todos ha placido.

Por supuesto, no todos son triunfos, y la crítica no ha tardado en descubrir los defectos de tales virtudes. Ya hemos insinuado uno: la doctrina de Saussure no tiene base filosófica meditada por él; le bastó con tomar, sin inquietud personal alguna, la positivista. Y como el positivismo, sobre todo el practicado, ya quería ser más científico que filosófico, receloso de hurgar en los últimos fundamentos de cada ciencia, las limitaciones de las doctrinas de Saussure se explican por las de la base aceptada. Para ser más breves y claros leamos el capítulo III de la *Introducción*, «Objeto de la lingüística»: «...el fenómeno lingüístico presenta perpetuamente dos caras que se corresponden sin que la una valga más que gracias a la otra»: la *lengua*, o sistema adquirido, y el *habla*, el uso individual del sistema; el estado de un sistema y su historia; aun la palabra tiene su lado psicofisiológico, el sonido, y su lado mental, la idea. ¿Cuál será, pues, el objeto de la lingüística? «Tomado en su totalidad, el

⁴ En realidad, como conjunto y estilo mental, las antinomias de Saussure proceden de Hegel a través del lingüista hegeliano VICTOR HENRY, *Antinomies linguistiques*.

lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de fenómenos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. La lengua por el contrario es algo enterizo y un principio de clasificación».

También Karl Vossler ve en el lenguaje tales dualidades, y su paralelo con Saussure, ya esbozado en nuestro prólogo a su *Filosofía del lenguaje*, de esta colección, puede ayudarnos ahora a comprender de una vez las virtudes y las limitaciones del *Curso*. Esas dualidades fuerzan a Vossler a ver el lenguaje como una estructura polar, y el objeto de su lingüística es la perpetua corriente de doble dirección. Si el objeto concreto es complejo, el objeto de estudio es también su complejidad.

Saussure ve la complejidad del lenguaje tan bien como Vossler, pero la rehuye como objeto de estudio, y, en busca de uno deslindado y homogéneo, da con «la lengua», un autónomo sistema de signos, separado de su uso e independiente de los individuos que lo usan. Los otros aspectos se pueden también estudiar, pero como meramente adicionales, como «externos a la lengua» y por tanto a la lingüística.

Todo se paga: la lingüística de Saussure llega a una sorprendente claridad y simplicidad, pero a fuerza de eliminaciones, más aún, a costa de descartar lo esencial en el lenguaje (el espíritu) como fenómeno específicamente humano.

En parte por dar rigor científico a esta delimitación del objeto, en parte por sor la simplificación eliminadora rasgo dominante en su estilo mental, Saussure concibe las dualidades apuntadas como antinomias irreductibles. Pero ¿lo son realmente la lengua y el habla, la diacronia y la sincronía? Saussure nos ha hecho ver que son aspectos discernibles del lenguaje y le agradecemos el grande progreso que los métodos de investigación han sacado de ello; pero ¿son objetos separados, y más, como quería Saussure, objetos sin contacto directo posible? «Un hecho diacrónico es un suceso que tiene su razón de ser en sí mismo; las consecuencias sincrónicas particulares que se puedan derivar le son completamente extrañas» (pág. 110). Los plurales ingleses y alemanes de inflexión son buen ejemplo: *foot-feet*, *goose-geese*, *Gast-Gäste*, *Hand-Hände*; en anglo-sajón y en antiguo alto alemán, los plurales de estas series tenían el signo regular de *-i*; **fōti*, **gōsi*, *gasti*, *hanti*; a acción metafónica de la *-i* inflexionó la vocal precedente con proceso puramente fonético⁵; luego la *-i* se hizo *e* en alemán y desapareció en inglés; y he aquí un nuevo estado morfológico en ambos sistemas, absolutamente imprevisto en los cambios

⁵ No por plurales; lo mismo que en ellos obró la *-i* en la flexión verbal: el antiguo alto alemán *tragit* es hoy *trägt*.

fonéticos respectivos. Y Saussure sigue discurrendo: «Los hechos diacrónicos ni siquiera tienden a cambiar el sistema. No se ha querido pasar de un sistema de relaciones a otro [de *gast-gasti* a *Gast-Gäste*, etc.]; la modificación no recae sobre la ordenación, sino sobre los elementos ordenados. Aquí nos volvemos a encontrar con un principio ya enunciado: el sistema no se modifica directamente nunca; en sí mismo es inmutable; sólo sufren alteración ciertos elementos sin atención a la solidaridad que los ata al conjunto». Los hechos de la serie diacrónica y los de la sincrónica son, por lo tanto, de órdenes heterogéneos, «pues ya hemos establecido que los cambios se producen fuera de toda intención. Por el contrario, el hecho de sincronía es siempre significativo [= intencional]; siempre pone en relación dos términos simultáneos; no es *Gäste* lo que expresa el plural, sino la oposición *Gast-Gäste*. En el hecho diacrónico, al revés: no interesa más que un solo término, y para que aparezca una forma nueva (*Gäste*), es necesario que la antigua (*Gasti*) le ceda el lugar».

Esta sorprendente concepción de las relaciones —de la falta de relación directa— entre la diacronía y la sincronía deslumbró a algunos, desconcertó a otros y por fin desató la oposición más viva y general⁶.

En el primer Congreso Internacional de Lingüistas, La Haya, 1928, los fonólogos R. Jakobson (Praga), S. Karcevsky (Ginebra) y N. Trubetzkoy (Viena) llevan el primer ataque a fondo. Estos fonólogos del Círculo Lingüístico de Praga tienen para los sonidos idiomáticos la misma concepción estructuralista que Saussure para el sistema de la lengua; los sonidos de un idioma forman un sistema en el mismo sentido que las formas gramaticales o las palabras⁷. Y la proposición de los fonólogos rezaba: «La

6 Aunque no elaborada en conceptos científicos tan estrictamente definidos, la dualidad de lingüística histórica y lingüística estática era una de las que regían como base en los estudios de los Neogramáticos (Brugmann, Osthoff, Braune, Sievers, H. Paul, Leskien, Meyer-Lübke; finales del siglo XIX y después), y aun antes en el ruso Baudouin de Courtenay y en el italiano Ascoli. Cfr. ROMAN JAKOBSON. *La scuola lingüistica di Praga*, en *La Cultura*, Milán, XII, 1933, pág. 637, y B. A. TERRACINI, *Paleontología ascoliana e lingüística storica*, en la *Sillogie lingüistica dedicata alia memoria di Graziadio Isaia Ascoli*, Turín, 1929, págs. 649-655. La distinción sistemática y precisa entre la lingüística «estática» (sincrónica) y la «histórica» (diacrónica) se debe antes que a otro alguno al filósofo checo T. G. MASARYK, *Základové konkrétne logiki* (1885), con traducción alemana en 1887: *Versuch einer konkreten Logik (Ensayo de una lógica concreta)*, ap. JAKOBSON, *op. cit.* Pero, aunque algunos lingüistas checos hayan seguido directamente a Masaryk, la introducción de estos conceptos rigurosos en el campo de la lingüística es obra de Saussure, que sin duda los elaboró independientemente.

7 Tanto, que los fieles discípulos del maestro ginebrino reclaman la filiación saussureana de la nueva disciplina. La verdad es que Saussure, que distinguió bien en el estudio de los sonidos la sincronía y la diacronía (fonología y fonética, en su terminología), no vio en ellos su otra dualidad de lengua y habla; no los vio más que en la realización material del habla: «la fonología —hay que repetirlo— no es más que una disciplina auxiliar y no se refiere más que al habla» (pág. 59). Ya había dicho antes (pág. 45): «Los órganos de la voz son tan exteriores a la lengua como los aparatos eléctricos que sirven para transmitir el al-

antinomía de la fonología sincrónica y de la fonética diacrónica quedará suprimida en cuanto se consideren los cambios fonéticos en función del sistema fonológico que los sufre. Hay que plantear el problema de la finalidad con que ocurren esos cambios. Y la fonética histórica se transformará así en una historia de la evolución de un sistema fonológico». De los Neogramáticos, a quienes tanto se oponía, arrastró Saussure «la concepción de los cambios fonéticos como fortuitos e involuntarios», «como una serie de perturbaciones y destrucciones ciegas causadas por factores extrínsecos al sistema fonológico»; la colectividad se limitaría a dar un sentido al desorden, interpretándolo como un sistema ordenado. Pero el papel de la colectividad es mucho más activo; los golpes ciegos son raros, y siempre que hay un proceso destructivo va necesariamente seguido de una reacción activa. Hay cambios lingüísticos que —como los movimientos del ajedrez— «tienen la intención de ejercer una acción sobre el sistema». Cuando se discierne, con la nueva Fonología, entre diferencias significativas y diferencias puramente materiales, y en las significativas entre correlaciones y disyunciones, entre supresión de una diferencia o fusión de dos, entre aparición de una diferencia fonológica o modificación material de una ya existente, etc., entonces «lo que se impone al lingüista es la cuestión de *la finalidad* en un cambio fonético, en lugar de la cuestión tradicional de *las causas*. No superaremos la tradición de los Neogramáticos renunciando a la noción de "ley fonética", sino interpretándola teleológicamente y abandonando su concepción mecanicista»⁸.

fabeto Morse son ajenos a ese alfabeto; y la fonación, es decir, la ejecución de las imágenes acústicas, no afecta en nada al sistema mismo». Evidentemente; pero esas «imágenes acústicas» («fonemas ideales», como los de Praga dicen menos psicológicamente) sí que pertenecen al sistema. De la misma manera que existe, según Saussure, el sistema de formas gramaticales y léxicas aparte de su realización en el habla, así existe el sistema de fonemas. Y los fonemas ostentan el mismo carácter de «valores solidarios», pues su función de signos se determina por análogo juego de correspondencias y oposiciones. La nueva disciplina utiliza ahora los sinónimos *fonética* y *fonología* con otro reparto; la *fonética* se ocupa de los sonidos lingüísticos en su constitución material: materia física y actividad fisiológica; la *fonología* los estudia en su constitución intencional de signo. Como materia, un sonido existe lo mismo aislado que agrupado; como signo, sólo funciona en relación con los otros del sistema, como valor solidario. La realización fonética es la que no se sale del habla (Saussure); pero el sistema fonológico realizado, ése pertenece a la lengua. Así resulta que la nueva doctrina fonológica es más saussureana que la de Saussure, por encuadrar mejor en la concepción general saussureana de la lengua como sistema de valores. Pero la nueva fonología no arrancó, o no arrancó sólo, de Saussure, y tiene mayor deuda directa con el ruso Baudouin de Courtenay y con el checo T. G. Masaryk, ambos del último tercio del siglo pasado, aunque, sin duda, el *Curso* contribuyó grandísimamente a elaborar esta concepción estructuralista y funcionalista y a depurar sus métodos. El libro capital de esta escuela es el de N. S. TRUBETZKOY, *Grünzuge der Phonologie*, Praga, 1939. Para las relaciones de la nueva fonología con Saussure ver la reseña de B. Terracini al libro de Trubetzkoy en la *Revista de Filología Hispánica*, 1942, IV, 173-180, y R. JAKOBSON, *op. cit.*

⁸ *Actes du premier congrès international de Linguistes à La Haye* (del 10 al 15 de

Atacado el principio de Saussure en su mismo centro —los cambios fonéticos—, la crítica ha conseguido dilucidar la cuestión también en los otros aspectos de la diacronía. Ya Saussure ponía junto a los efectos ruinosos del cambio fonético, los reconstructores de la analogía (pág. 186 y sigs.). «La analogía supone un modelo y su imitación regular. Una forma analógica es una forma hecha a imagen de otra o de otras muchas según una regla determinada»⁹.

Es, pues, evidente que las formas analógicas suponen un especial manejo del sistema, se deben siempre a reacomodaciones del sistema. Saussure llamaba a los neologismos fonéticos *cambios*, y a los analógicos *creaciones*¹⁰; pero unos y otros son hechos de diacronía, y los analógicos,

abril 1928). Leiden, s. a., págs. 33-36. Al año siguiente los fonólogos del *Cercle Linguistique de Prague* subrayaron y complementaron su doctrina en una tesis presentada colectivamente al Primer Congreso de Filólogos Eslavos: «La concepción de la lengua como sistema funcional es la que ha de mantenerse también en el estudio de los estados de lengua pasados, ya se trate de reconstruirlos, ya de anotar su evolución. No es admisible poner barreras infranqueables entre los métodos sincrónico y diacrónico, como hace la escuela de Ginebra. Si en lingüística sincrónica se consideran los elementos del sistema de la lengua desde el punto de vista de sus funciones, no será posible ya interpretar los cambios sufridos por la lengua sin tener en cuenta el sistema que resulta afectado por tales cambios. No es lógico suponer que los cambios lingüísticos no sean más que golpes destructivos dados al azar y heterogéneos respecto del sistema. Los cambios lingüísticos apuntan con frecuencia al sistema, a su estabilización, a su reconstrucción, etc. Así el estudio diacrónico, lejos de excluir las nociones de sistema y de función, es incompleto si no se tienen en cuenta esas nociones. Por otra parte, la descripción sincrónica tampoco puede excluir del todo la idea de evolución, pues aun en un sector visto sincrónicamente existe la conciencia de estado caduco o en vías de desaparición, de estado presente y de estado en formación; los elementos estilísticos sentidos como arcaísmos y la distinción entre formas productivas y no productivas son hechos de diacronía, que no se podrán eliminar de la lingüística sincrónica». *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, I, Praga, 1929, págs. 7-8. Insiste ROMAN JAKOBSON en su citado artículo *La scuola linguistica di Praga*, y en sus *Prinzipien der historischen Phonologie* (*Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, 4, 1931), págs. 247 y sigs.

⁹ Pág. 186. El latín *honor* es forma analógica; primero era *honos* : *honosem*; después, por rotacismo de la -s- (que no alcanzaba a la -s), *honos* : *honorem*; por fin, conforme al modelo *orator* : *oratore*, se produjo *honor* : *honorem*.

¹⁰ La dualidad cambio fonético : analogía era otra de las manejadas por los Neogramáticos. Saussure ahondó estos conceptos con rigor nuevo y, según su estilo, los presentó como antinomia irreductible. Pero Vossler la redujo: todo cambio fonético empieza en el individuo; el individuo es quien en cierta ocasión, en determinada palabra, realiza una alteración fonética, por ejemplo, pronunciando *mōla*; no ya *mó,ó,la* según el uso general (*ó,ó,ó* representa convencionalmente una sola *ó* prolongada y homogéneamente abierta), sino *mó,ó,la*, apretando un poco más la articulación al principio. (Este es el cambio que, proseguido en las generaciones siguientes, llevará a *muola*, *muela*). Pero el tal individuo desconocido no tuvo que repetir su invención con cada palabra del léxico, sino que, una vez aceptado por las gentes el procedimiento, se extiende *por analogía* a todas las palabras donde la o esté en las mismas condiciones (en Francia e Italia, acentuada y en sílaba libre; en España acentuada no más). El cambio fonético no existe hasta que la analogía lo generaliza; lo que las leyes fonéticas tienen de regularidad es de índole analógica. Cfr. KARL VOSSLER, *Filosofía del lenguaje*, pág. 83. Para nosotros la superación de esta antinomia (cambio fonético: analogía) anula a su vez, por otro camino que el de los fonólogos, la antinomia diacronía : sincronía, porque,

ya tal como Saussure los comprendía, destruyen su principio propuesto: sin posible escape, las creaciones analógicas son a la vez sincronía y diacronía.

Y no sólo las creaciones analógicas. Otro gran innovador suizo-francés, Jules Gillieron, el autor del *Atlas linguistique de la France* y de los más apasionantes estudios sobre los materiales del *Atlas* (y de las más apasionadas polémicas sobre sus estudios)¹¹, al querer destruir el concepto lingüístico de cambio fonético —lo que no pudo pasar de una pretensión—, opuso una masa de hechos que, traídos a nuestro problema, contradicen la oposición saussureana entre sincronía y diacronía: la etimología popular (opuesta a la etimología fonética), los calcos lingüísticos, la evitación de homonimias, las reacciones fonéticas, las regresiones, etc.; alteraciones todas que tanto en la finalidad como en la operación de cumplimiento cuentan con el sistema en cuyo seno se realizan. Contra el principio de Saussure, la diacronía se genera en la sincronía.

Éste es el aspecto puesto también al descubierto por B. Terracini, *op. cit.*, y especialmente por Walter von Wartburg¹²: los métodos geografolingüísticos de Gillieron, su ingenioso husmeo de conflictos de nominación y su solución dentro del sistema de orientación para comprender el paso de una sincronía a una diacronía; pero Gillieron, con materiales exclusivamente geográficos, sólo supo ver las fuerzas condicionantes de la necesidad (remedio de las insuficiencias de la lengua); si otro género de materiales (y otra ideología menos limitada que el positivismo, añadido) le hubieran permitido ver el funcionamiento de las fuerzas libres del espíritu (afectividad, humor, juegos de la fantasía), Gillieron habría sorprendido también el paso de la diacronía a la sincronía, llegando a una representación más satisfactoria de la vida del lenguaje. Cada palabra depende de su grupo semántico, no sólo en el funcionamiento sincrónico del sistema (Saussure), sino en la aparición del cambio; y, a la inversa, los grupos semánticos se reordenan con las innovaciones (negación del principio de Saussure). Partiendo von Wartburg de la recíproca situación semántica

así dispuestos los hechos, se comprueba que no todo es desorden en el cambio fonético, como veía Saussure.

¹¹ *L'aire clavellus d'après L'Atlas Linguistique de la France*, Neuveville, 1912. *Généalogie des mots qui désignent l'abeille d'après l'Atlas Linguistique de la France*, Paris, 1917. *Pathologie et thérapeutique verbales*, Paris, 1921. *Les étymologies des étymologistes et celles du peuple*, Paris, 1922. *Thaumaturgie linguistique*, Paris, 1923.

¹² *Das ineinandergreifen von deskriptiver und hiatorischer Sprachwissenschaft (La compenetración de la lingüística descriptiva y de la histórica)*. *Berichte über die Verhandlungen der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zur Leipzig, Philologische Klasse*. Tomo 83, 1931, cuaderno 1. Estudio suplementario años más tarde con otro, que patentiza el camino inverso: *Betrachtungen über die Gliederung des Wortschatzes und die Gestaltung des Wörterbuchs (Consideraciones sobre la articulación del léxico y la estructuración del diccionario)*, en *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 1937, LVII, págs. 296-312.

de las palabras, que es precisamente el principio saussureano del sistema solidario, orienta sus investigaciones históricas hacia la participación del sistema en los cambios: «El destino de las palabras, su florecimiento y proliferación, su progresivo extinguirse y su muerte, la manera en que otras palabras las sustituyen, todo está en gran parte condicionado por el modo como ellas se encuentran dentro de su contorno o ambiente» (*Betrachtungen*, 304).

Ante un ataque tan persistente y general, «los raros mantenedores de la ortodoxia saussureana se ven reducidos a la defensiva», como dice el más estricto de ellos, Albert Sechehaye. En realidad se baten en honrosa retirada¹³. Sechehaye admite los cambios «orgánicos» (generados en el sistema), pero, como siguen en pie otros «contingenciales», provocados por rebotes fortuitos¹⁴, el fiel discípulo de Saussure concluye que ambas tesis caben sin excluirse. Pero el principio saussureano de incompatibilidad queda con eso abandonado.

Después de estas críticas y de su aceptación ¿queda rebajada en su valor la distinción saussureana entre diacronía y sincronía? Al contrario, queda rectificada y depurada. Sigue en su plena validez el doble punto de vista para el doble estudio; en el sincrónico, el del hablante, que vive internamente el funcionamiento de su lengua; en el diacrónico, el externo del historiador, que contempla sus transformaciones sucesivas. Al abandonar el principio de Saussure, Bally, *op. cit.* pág. 60, aspira como programa mínimo a mostrar la «utilidad didáctica» de la aplicación separada de los dos métodos. No sólo por utilidad didáctica, sino por necesidad científica, afirmamos nosotros, distinguirá siempre la lingüística entre diacronía y sincronía. Sólo que al demostrar ahora su punto de convergencia, la antítesis postulada por Saussure queda positivamente superada.

El destino de la otra famosa antinomia, la de lengua y habla, está implicado en el de diacronía y sincronía, como que la inconexión de éstas se basaba en la postulada inconexión de lengua y habla.

¹³ Charles Bally, *en été : au printemps; croire en Dieu : croire au diable*, en la *Festschrift für Ernst Tappolet*, Basilea, 1935, pág. 9 y sigs., contestando a E. Lereh; y *Synchrone et diachronie*, en *Vox Romanica*, 1937, II, pág. 53 y sigs., contestando a W. v. Wartburg. ALBERT SECHEHAYE, *Évolution organique et évolution contingentielle*, en *Mélanges Bally*, Ginebra, 1939, págs. 19 y sigs., y *Les trois linguistiques saussuriennes*, en *Vox Romanica*, 1940, V, pág. 1 y sigs., ambos artículos contestando a W. v. Wartburg, el primero plenamente y el segundo como punto de partida para desarrollar su idea. En el I Congreso Internacional de Lingüistas, La Haya, 1928, Bally y Sechehaye habían presentado juntos una ponencia en la que reafirmaban el principio de Saussure (*Actes*, 36-53); pero el principio hizo crisis entonces, gracias a la citada ponencia de los fonólogos de Praga.

¹⁴ La expresión del número en el alemán *Hand : Hände*, ingl. *foot : feet*. Ya lo había concedido el opositor TERRACINI, *Paleontología*, 633, aunque con la observación de que los fortuitos (los saussureanos) eran siempre excepción.

La importancia del discernimiento de estos dos aspectos del lenguaje es incalculable: la operatoria del funcionamiento de un idioma y la de su evolución, los modos de insertarse la libertad del estilo en las convenciones de la gramática y los modos de alterarse las convenciones del sistema conforme los actos individuales de estilo triunfan y se generalizan, la vida entera del lenguaje, en fin, se puede comprender con más profundidad y con mayor seguridad gracias a esta dualidad de conceptos. Sólo que el *Curso* sacrifica otra vez, a las conveniencias de un método rigurosamente positivo¹⁵, el verdadero papel que la lengua y el habla desempeñan en el fenómeno humano del lenguaje. Saussure buscaba como primer imperativo un terreno firme donde practicar la investigación según principios y métodos también firmes; y de todos los aspectos del lenguaje, sólo la lengua se lo ofrecía. Porque las lenguas son sistemas de signos en donde nada cuenta sino los valores marcados por diferencias; un juego de correspondencias y oposiciones, sistemas extraindividuales, de existencia sólo social. La ciencia estudiará esos sistemas, sus elementos componentes y el juego de sus relaciones. Ése será «el objeto a la vez integral y concreto de la lingüística». El habla, en cambio, como individual, es heterogénea en sí. «La actividad del sujeto hablante debe estudiarse en un conjunto de disciplinas que no tienen cabida en la lingüística más que por su relación con la lengua. El estudio del lenguaje comporta, pues, dos partes: la una, esencial, tiene por objeto la lengua...; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla, incluida la fonación» (pág. 45). Todo lo que no es el sistema mismo es externo a la lengua: en la sincronía, la actividad espiritual y psicofisiológica de los hablantes; en la diacronía, todas las relaciones que puedan existir entre la historia de una lengua (como mero sistema de signos) y la historia cultural del pueblo. Esas relaciones podrán ser muy importantes, pero sólo se admiten en calidad de conocimientos ilustrativos y sobreañadidos.

¹⁵ «En efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu» pág. 37. «Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrillar su unidad» (*Ib.*). «La lengua, distinta del habla, es un objeto que se puede estudiar separadamente» (pág. 42). «La lengua... es clasificable entre los hechos humanos, mientras que el lenguaje no lo es»; como sistema de signos que expresan ideas, formará parte de una ciencia más amplia, la semiología o teoría general de los signos, juntamente con otros sistemas, como «la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los ritos simbólicos, las formas de cortesía, las señales militares, etc. etc.» (págs. 43-44). «El conjunto global del lenguaje es incognoscible porque no es homogéneo, mientras que la distinción y la subordinación propuestas lo aclaran todo» (pág. 46). Subrayamos nosotros.

La ordenación resultante es ésta: el estudio *sincrónico* del *sistema* tiene la primacía; es más, es el único estrictamente lingüístico, a) porque el habla, como individual es asistemática, y como ejecutora de la lengua le es ajena ¹⁶, b) porque aun la lingüística diacrónica es lingüística a medias, ya que el objeto legítimo es la lengua como sistema, y los cambios (objeto de la lingüística diacrónica) no se producen para Saussure directamente en el sistema, sino en sus elementos aislados, que, de rebote, pueden traer al sistema consecuencias fortuitas ¹⁷.

Esta ordenación de la ciencia y subordinación de sus partes se sustenta en el principio de que «la lengua» tiene una existencia concreta autónoma, independiente del «habla». Y ¿dónde se encuentra tal realidad? Saussure lo dice, pág. 39 y sigs. Al analizar el circuito del habla, contamos: 1º, en el cerebro de A un concepto asociado a una imagen acústica; 2º, el cerebro transmite la orden de ejecución a los órganos fonadores y articuladores, y éstos la cumplen; 3º, las ondas sonoras van de la boca de A al oído de B; 4º, en B, la excitación del oído corre al cerebro; 5º «en el cerebro, asociación psíquica de la imagen con el concepto correspondiente».

La lengua, discurre Saussure, no está en la parte ejecutiva (1º y 2º), siempre individual; tampoco en la parte física (3º) ni en la transmisión fisiológica (4º); la lengua «se puede localizar en la porción determinada del circuito donde una imagen acústica viene a asociarse con un concepto»: en el punto 5º (pág. 42).

Esta representación del acto coloquial, tan sugestiva didácticamente por sus seguros deslindes, es hoy insostenible en sus dos estaciones terminales. Es más, está fuera de la doctrina saussureana de la articulación, olvidada cuando mayor servicio le podía dar, y en realidad es un resabio del asociacionismo herbartiano de los Neogramáticos, tan tenazmente combatidos por Saussure en otros puntos menos dignos de oposición ¹⁸.

¹⁶ Claro que «hay interdependencia de lengua y habla; aquélla es a la vez el instrumento y el producto de ésta. Pero eso no les impide ser dos cosas absolutamente distintas» (pág. 46). Este capítulo IV de la *Introducción* se titula «Lingüística de la lengua y lingüística del habla», y en él se concede que se puede hablar de una lingüística del habla, pero sin confundirla con la lingüística propiamente dicha, la de la lengua.

¹⁷ «Se suele decir que nada es tan importante como conocer la génesis de un estado dado; es verdad en cierto sentido: las condiciones que han formado ese estado aclaran su verdadera naturaleza y nos libran de ciertas ilusiones; pero eso justamente es lo que prueba que la *diacronía no tiene su fin en sí misma*. Se puede decir de ella lo que se dice del período: que lleva a todas partes, a condición de que se le deje a tiempo» (pág. 165). Saussure combatía aquí contra los Neogramáticos, que veían esencialmente la lengua como el producto acumulado de la historia de su comunidad.

¹⁸ Como que casi parece elaboración brillante de un pasaje de Hermann Paul, el teórico de los Neogramáticos, al desechar el concepto de un espíritu colectivo, y asentar que la llamada *Völkerpsychologie* sólo puede consistir en relaciones entre espíritus individuales, no directas, sino a través de medios físicos: «Para que un alma en cuyo seno nace un com-

Pues esa doctrina de la «articulación» ya excluye la posibilidad de explicar la iniciativa del hablar y su cumplimiento por operaciones sumadas de asociaciones entre una idea y su palabra. La «lengua» consiste en un instrumental numerable capaz de expresar pensamientos innumerables. La «lengua» no encierra previamente en su sistema el pensamiento concreto que por su intermedio voy ahora articulando; encierra, sí, los procedimientos de articulación —unos pocos, válidos para todos los pensamientos posibles— y también una nomenclatura (que ya nos presenta la realidad reducida a clases) de la que voy entresacando los nombres para los artejos de mi pensamiento. El pensamiento que articulo idiomáticamente no pierde su unidad originaria en la articulación, sino que es el pensamiento unitario original el que mi espíritu sigue manteniendo presente a través de su articulación. Este pensamiento no se puede expresar por asociación con palabra alguna, y por eso precisamente lo tengo que articular¹⁹.

El asociacionismo negado para el momento 1º tampoco es real en el momento 5º, el de la comprensión. El comprender lo que a uno le dicen está lejos de ser una operación pasiva y mecánicamente asociadora²⁰. Comprender —un poema o una frase coloquial— requiere cierto modo de recreación. Supone, por lo pronto, la conciencia de que el hablante no emite meros sonidos sino que en él actúa la «intención» de dar sentido, de

plejo de representaciones lo despierte en otra, no puede hacer otra cosa que, por intermedio de los nervios motores, generar un producto físico, que, a su vez, mediante la excitación de los nervios sensitivos de los otros individuos, despierta en su alma las representaciones correspondientes y correspondientemente asociadas. De entre los productos físicos que sirven a estos fines, los más importantes son los sonidos idiomáticos. Otros son los tonos, y luego los gestos, ademanes, etc. ». En su concepción asociacionista (base para Saussure de la autonomía de la «lengua» y de su primacía como objeto de la lingüística) insiste Hermann Paul a continuación: «Lo que hace que estos productos físicos sirvan de instrumento para la transmisión de representaciones a otro individuo es, o una relación interna y directa con las representaciones correspondientes (piénsese, p. ej. en un grito de dolor, un gesto de furia) o una conexión *debida a asociación de ideas* [destacado por H. Paul], donde también la representación basada en la relación directa con el instrumento físico forma el lazo de unión entre el instrumento y la representación comunicada; éste es el caso del lenguaje». HERMANN PAUL, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, 1880, § 7. Cito por la 5ª edición, Halle, 1920, página 14.

19 La psicología asociacionista hace medio siglo que ha dejado de prestar servicios a la ciencia. En cuarto al lenguaje, el carácter creador del «habla» ya está casi explícitamente concedido por el mismo Saussure, cuando lo llama «acto individual de voluntad y de inteligencia». Por supuesto, toda la orientación espiritualista de nuestra ciencia subraya la naturaleza creadora del hablar: Vico, Herder, Humboldt, Croce, Vossler, Stenzel, Cassirer, etc. Citaré algunos títulos de por sí explicativos: H. v. KLEIST, *Ueber die allmähliche Verfertigung der Gedanken beim Reden* (*Sobre el gradual cumplimiento de los pensamientos al hablar*); K. VOSSLER, *El lenguaje como creación y evolución*; E. CASSIRER, *Le langage et la constitution du monde des objets*; etcétera.

²⁰ «La lengua no es una función del sujeto hablante; es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella mas que para la actividad de clasificar» (pág. 41).

*hablarle*²¹; un punto rigurosamente del habla (momento 1°) lo sorprendemos instalado constitutivamente en el momento 5°, supuesto asiento de la lengua. El que escucha no se limita para comprender a registrar pasivamente los elementos idiomáticos que le van llegando y a asociarlos con las ideas correspondientes; el acto de la comprensión supone una conciencia activa, una actitud como de sintonización con la actividad creadora del que habla, una respuesta psíquica adecuada. Este pensamiento unitario particular que yo articulo con los medios de mi idioma para ser transmitido a tu conciencia, provoca tu prurito de aceptación, lector amigo, por su contenido unitario, y a ese contenido es al que el ojo de tu conciencia se va acomodando tácticamente a través del instrumental sintáctico y léxico, como el ojo de tu cuerpo se va acomodando a los objetos enfocados a través de los lentes auxiliares. Mi articulación te sirve de punto de partida para reconstruir lo unitario y lo particular de mi pensamiento; pero la reconstrucción es tuya: tú eres quien vas reorganizando hacia lo unitario los materiales que linealmente te van llegando. Si el habla es un modo de creación, el comprender es sin escape posible un modo de recreación. El mero asociar no lo explica, porque el pensamiento ahora hablado no estaba previsto (ni ningún otro) en el sistema de signos que es la lengua. Saussure descubre luminosamente que el producir y armar tal pensamiento particular es cosa del habla, no de la lengua. Y tendremos que completar: tampoco es de la lengua, sino del habla, el momento de la comprensión (5°), que consiste en rearmarlo reorganizando su unidad. En conclusión: si ese punto 5°, esa zona asociadora del cerebro del oyente, es la residencia de la lengua, la lengua no existe como reino autónomo del habla, porque en esa 5ª etapa reconocemos la presencia constitutiva de la actividad creadora o recreadora propia del habla. Podemos, sí, discernir lo individual y lo social en un idioma, pero cuando nuestro análisis se aplica con total responsabilidad a la existencia concreta de uno y otro elemento, reconocemos que la lengua sin habla no tiene existencia real en ninguna parte; sólo existe en el uso activo que de ella hace el que habla o en el uso activo del que comprende. Sólo el «habla» real da realidad a la «lengua» —. Esto obliga a ver en el habla y no en la lengua el gozne de la ciencia del lenguaje²³.

²¹ Ya destacado por E. HUSSERL, *op. cit.*, § 7.

²² Husserl, pág. 40, roza este punto, aunque ajeno a nuestro problema: tras de las frases arriba aludidas sobre que el oyente comprende en el otro la intención de dar sentido, de hablarle, añade: «El hablar y el oír, el notificar vivencias psíquicas con la palabra y el tomar nota de las mismas en la audición, hallanse en coordinación mutua».

²³ Por fortuna la crisis abierta por Saussure sobre este punto parece ya resuelta, pues Albert Sechehaye, uno de los redactores del *Curso* y el más celoso guardián de la ortodoxia saussureana, ha reconocido la necesidad de rectificar al maestro (*Les trois linguis-*

Mas poner en el «habla» el centro de los estudios lingüísticos es hacer girar todo el sistema positivista de Saussure y encuadrarlo en la orientación espiritualista. Y he aquí que los problemas técnicos planteados a propósito de las antinomias diacronía : sincronía y lengua : habla, se convierten de pronto en el problema filosófico central del lenguaje y de la lingüística. Pues la frase-bandera de Humboldt, «el lenguaje es esencialmente *enérgeia*, no *érgon*», actividad, no producto, equivale, en términos del *Curso*, a que el lenguaje es esencialmente «habla», no «lengua». Y ello compromete a prestar atención primordial a lo que de espíritu tiene el lenguaje.

Saussure rechaza muy hermosamente la concepción naturalista (Schleicher) de la lengua como un organismo de vida autónoma y de crecimiento y evolución internos; pero su positivismo le hizo suplantar esta concepción por otra mecanicista en la que la lengua es un sistema igualmente autónomo, ajeno al habla, fuera del alcance de sus hablantes, y que funciona gracias a un juego de asociaciones y correspondencias entre los términos mismos, como con mecánica sideral. El concebir tal autonomía del sistema era un postulado de la orientación positivista, que se creía obligada a mondar del objeto de la ciencia lo que fuera indeterminación, y, por consiguiente, todo lo que fuera espíritu con su libertad de iniciativa. Por eso esta orientación pone tanto empeño en separar filología (en su sentido de interpretación de textos y de estilos individuales) y lingüística, y jerarquiza la lengua oral (espontánea, dice) sobre la literaria, artificialmente elaborada. Y así como la autonomía del sistema permite al autor en la sincronía descartar del funcionamiento de la lengua el elemento motor (el espíritu individual, relegado al habla), así en la diacronía los cambios resultan involuntarios e inconscientes, incapaz el hablante de intervenir en el sistema para alterarlo²⁴; y, en consecuencia, la evolución del sistema es igualmente autónoma, ajena en sí misma a la historia de la civilización del pueblo que lo usa; las relaciones entre ambas historias son

tiques saussuriennes, 1940). Y ha sido precisamente la demostración de error para el otro principio, el de la inconexión entre diacronía y sincronía, lo que ha obligado a un Sechehaye a reordenar la materia toda. Saussure —reconoce el fiel Sechehaye— erró en ese principio por aferrarse al de la primacía de la «lengua» entre todos los aspectos del lenguaje: pero el «habla» es la que resuelve la antinomia diacronía : sincronía, porque participa de ambas, como que se funda en un estado de lengua y contiene en esencia el germen de todas las transformaciones futuras (*op. cit.*, pág. 7). No hay la reciprocidad supuesta por Saussure: la lengua nace del habla, no al revés; el habla no es el mero funcionamiento de la lengua, tiene un *plus*; el elemento motor y director del acto que cumple: «Au commencement était la parole» (pág. 9). La lingüística estática de la lengua se tiene que encajar en la del habla para comprender satisfactoriamente la vida del lenguaje (pag. 10).

²⁴ Bally, que repetía la doctrina de Saussure en la primera edición de *Le langage et la vie*, en las siguientes la mitiga: «en gran parte involuntarios e inconscientes».

meramente tangenciales, y constituyen la «historia externa» de la lengua²⁵.

He aquí, pues, cómo, tanto del funcionamiento como de la evolución de una lengua, se consigue descartar la acción del espíritu. Por cierto que no es de sospechar en un Ferdinand de Saussure animadversión alguna contra el espíritu; en él no hay rastro alguno de materialista, ya que el sistema de la lengua no tiene existencia material, sino psíquica, aunque despersonalizada. Fue la aspiración del positivismo al «pájaro en mano» la que empujó a la clara inteligencia de un Saussure a simplificar su objeto de estudio, eliminando, por material indócil, todas las complejidades que no se adecuaban a los métodos disponibles, toda acción irreducible a relaciones previsibles entre elementos previstos.

Pero ahora, enmendando la dislocación del eje de la lingüística, gozándola sobre el habla y no sobre la lengua, nuestro objeto de estudio recobra su concreta complejidad; las antinomias de sincronía : diacronía, lengua : habla, cambio fonético : analógico, etc., quedan superadas, engranadas en su papel de dualidades funcionantes, como las dos piernas del andar (imagen de Vossler: cuando una pierna avanza la otra no está ociosa); la diacronía tiene no menor dignidad científica que la sincronía, y la acción del espíritu preside todo el funcionamiento y toda la historia de la lengua. Si la lengua es un sistema, ¿quién sino el espíritu de los hablantes lo ha hecho sistemático y lo mantiene como tal? Si todo cambio se origina en un hablante individual y se cumple mediante su adopción por la colectividad hablante ¿cómo podrán los cambios ser ciegos, inconscientes e involuntarios, qué sino la voluntad expresiva, qué sino la conciencia idiomática, quién sino el espíritu —con iniciativa intencional o por abandono— los ha podido iniciar, empujar y cumplir? Si la «lengua» como sistema sólo se pone a funcionar cuando el «habla» con su *plus* de dar sentido es el motor, ¿quién sino el espíritu del hablante es ese motor, quién sino el espíritu del oyente reconstruye el sentido concreto que con ayuda del sistema se expresa?

No pensemos que con esto arrinconamos la lingüística de Saussure y abrazamos otra tendencia. Estamos esforzándonos en presentar la doctrina misma del *Curso* y en alargar sus líneas por donde y hasta donde la crítica ha comprobado. ¡Quién sabe hasta dónde las habría prolongado o

²⁵ Ya Antoine Meillet, el más ilustre de los secuaces de Saussure, declaro al reseñar el *Cours* (*Bull. Sor. Ling. Paris*, 1916. XX, pag. 35) que la doctrina saussureana, ceñida exclusivamente al aspecto sistemático de la lengua, era demasiado abstracta, sin la necesaria atención a la realidad humana e histórica en que la lengua nada y vive. En su obra, larga y magistral, el saussureano Meillet no cayó en tal descarriamiento; lo salvó la tradición de su otro gran maestro, Gaston Paris, para quien la historia de una lengua era inseparable de la historia de la civilización de sus hablantes.

hacia dónde rectificó el mismo Saussure si la muerte le hubiera dado el tiempo que su conciencia tan escrupulosa requería, si él mismo hubiera por lo menos escrito su libro! Y sobre todo, si, escrito por él y publicado, hubiera tenido ocasión de participar en las pruebas y contrastaciones a que la crítica ha ido sometiendo sus doctrinas. Casi al mismo Saussure podemos acreditar todas las superaciones de sus teorías aquí apuntadas: la nueva fonología, aunque explícitamente negada en el *Curso*, está en él implícitamente postulada; y sus tres más devotos discípulos patrocinan las otras rectificaciones: Meillet, vivificando la historia lingüística con la historia de la civilización; Bally, insuflando la vida real, individual y social, en el funcionamiento del sistema ²⁶, y Sechehaye, reconociendo que la irreducción de las antinomias se salva centrando la lingüística en la omnipresente «habla» y no en la «lengua».

Para mejor, las prolongaciones y rectificaciones de las ideas de Saussure no han dañado lo más mínimo a la eficacia de sus métodos científicos, tan magistralmente elaborados. Las distinciones que Saussure vio en el fenómeno del lenguaje y en la ciencia que lo estudia siguen siendo las que nosotros discernimos, y los métodos que él propuso siguen siendo los más rigurosos, si bien no los únicos. Sólo en los extremos, en los puntos de contacto de sus antinomias, la prueba crítica lo ha desmentido: lo que él pensó que eran cosas diferentes se comprueba tan sólo como aspectos diferentes de un objeto unitario. Sólo la jerarquización de esos aspectos, no su existencia, ha tenido que ser rectificada. Y con esta colaboración de muchos, el libro del insigne maestro de Ginebra, que ya nació como obra de varios, multiplica sus virtudes originarias: la de fecundar el pensamiento lingüístico en las teorizaciones y la de proporcionar los métodos adecuados para la investigación particular.

AMADO ALONSO

²⁶ Charles Bally tituló elocuentemente su libro más famoso *El lenguaje y la vida* (Ginebra, 1925, 1935; Buenos Aires, Losada, 1941).

CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN FRANCESA

Muy a menudo oímos a Ferdinand de Saussure deplorar la insuficiencia de los principios y de los métodos que caracterizaban a la lingüística en cuyo ambiente había crecido su genio, y toda su vida buscó obstinadamente las leyes directrices que pudieran orientar su pensamiento a través de ese caos. Pero hasta 1906, al suceder a Joseph Wertheimer en la Universidad de Ginebra, no pudo dar a conocer las ideas personales que había madurado durante tantos años. El maestro dio tres cursos sobre lingüística general en 1906-1907, 1908-1909 y 1910-1911, si bien las necesidades del programa le obligaron a consagrar la mitad de cada curso a exponer cuestiones relativas a la historia y descripción de las lenguas indoeuropeas, con lo cual resultó singularmente reducida la parte esencial de su tema.

Todos cuantos tuvieron el privilegio de seguir tan fecunda enseñanza lamentaron que de aquellos cursos no saliera un libro. Después de la muerte del maestro, esperábamos hallar en sus manuscritos, obsequiosamente puestos a nuestra disposición por Mme. de Saussure, la imagen fiel o por lo menos suficiente de aquellas lecciones geniales, y entreveíamos la posibilidad de una publicación fundada sobre un simple ajustamiento de las notas personales de Ferdinand de Saussure combinadas con las notas de los estudiantes. Grande fue nuestra decepción: no encontramos nada o casi nada que correspondiera a los cuadernos de sus discípulos. ¡Ferdinand de Saussure iba destruyendo los borradores provisionales donde trazaba día a día el esquema de su exposición! Los cajones de su escritorio no nos proporcionaron más que esbozos muy viejos, no sin valor, desde luego, pero imposibles de utilizar y de combinar con la materia de aquellos tres cursos.

Este resultado nos decepcionó más aún porque obligaciones profesionales nos habían impedido casi del todo aprovechar personalmente estas sus últimas enseñanzas, que señalaban en la carrera de Ferdinand de Saussure una etapa tan brillante como aquella otra, ya tan lejana, en que había aparecido su Mémoire sur les voyelles.

Había, pues, que recurrir a las notas y apuntes de los estudiantes. Cuadernos muy completos nos remitieron, para los dos primeros cursos, los señores Louis Caille, Léopold Gautier, Paul Regard y Albert Ried-linger; para el tercero, el más importante, la señora de Albert Secheyne

y los señores *George Dégailler* y *Francis Joseph*. Al señor *Louis Brüttsch* debemos notas sobre un punto especial. Todos se han ganado nuestra sincera gratitud. Expresamos también nuestro más vivo agradecimiento al señor *Jules Ronjat*, el eminente romanista, que ha consentido en revisar el manuscrito antes de su impresión, y cuyos consejos nos han resultado muy valiosos.

¿Qué es lo que iríamos a hacer con ese material? Ante todo, se requería un trabajo crítico previo: en cada curso y en cada detalle del curso había que comparar todas las versiones para llegar hasta el pensamiento, del cual no teníamos más que unos ecos, a veces discordantes. Para los dos primeros cursos hemos recurrido a la colaboración del señor *Albert Riedlinger*, uno de los discípulos que con mayor interés siguieron el pensamiento del maestro; su trabajo sobre esta parte nos ha resultado muy útil. Para el curso tercero, uno de nosotros, *Albert Schehaye*, ha hecho el mismo trabajo minucioso de cotejo y de ajustamiento.

Pero ¿y luego? La forma de la enseñanza oral, a menudo contradictoria con la del libro, nos deparaba las más grandes dificultades. Y además *Ferdinand de Saussure* era uno de esos hombres que se renuevan sin cesar; su pensamiento evolucionaba en todas direcciones sin caer por eso en contradicción consigo mismo. Publicarlo todo en su forma original, era imposible: las repeticiones, inevitables en una exposición libre, los encabalgamientos, las formulaciones variables, habrían dado a tal publicación un aspecto heteróclito. Limitarse a un curso —pero ¿a cuál?— era despojar al libro de todas las riquezas desparramadas abundantemente en los otros dos; aun el tercero, el más definitivo, no habría podido por sí solo dar una idea completa de las teorías y de los métodos de *Ferdinand de Saussure*.

Se nos sugirió reproducir fielmente ciertos trozos particularmente originales; esta idea nos agradó al pronto, pero luego vimos que perjudicaría al pensamiento de nuestro maestro al no presentar más que fragmentos de una construcción cuyo valor sólo se revelaba en el conjunto.

Y nos hemos decidido por una solución más atrevida, pero también, creemos, más racional: intentar una reconstrucción, una síntesis, a base del curso tercero, utilizando todos los materiales de que disponemos, comprendidas las notas personales de *Ferdinand de Saussure*. Esto sería, pues, una recreación, tanto más difícil cuanto que tenía que ser enteramente objetiva. En cada punto, calando hasta el fondo de cada pensamiento particular, teníamos que esforzarnos por verlo, a la luz del sistema entero, en su forma definitiva, podado de las variaciones y de las fluctuaciones inherentes a las lecciones orales; luego, encajarlo en su medio natural, presentando todas sus partes e» un orden conforme con

la intención del autor, hasta cuando esa intención se adivinara más que se manifestara.

De ese trabajo de asimilación y de reconstrucción ha nacido el libro que, no sin aprensión, presentamos al público profesional y a todos los amigos de la lingüística.

Nuestra idea orientadora ha sido la de trazar una obra orgánica sin prescindir de nada que pudiera contribuir a la impresión de conjunto. Pero quizá por eso precisamente hayamos incurrido en doble motivo de crítica. Primero se nos puede decir que este «conjunto» es incompleto: la enseñanza del maestro no tuvo nunca la pretensión de encarar todas las paries de la lingüística, ni de proyectar sobre todas una luz igualmente viva; materialmente, ni siquiera lo podía. Su preocupación era, por otra parte, muy diferente. Guiado por algunos principios fundamentales, personales, que se encuentran por todas partes en su obra y que forman la trama de este tejido tan sólido como variado, el maestro trabaja en profundidad y no se extiende por la superficie más que donde sus principios hallan aplicación especialmente patente, o donde topan con alguna teoría que los podría comprometer.

Así se explica que ciertas disciplinas estén apenas desfloradas; la semántica, por ejemplo. No tenemos la impresión de que estas lagunas dañen a la arquitectura general. La ausencia de una «lingüística del habla» es más sensible. Prometido a los oyentes del tercer curso, tal estudio habría tenido sin duda puesto de honor en los cursos siguientes. Demasiado sabemos la causa de que esa promesa no se haya cumplido. Nosotros nos hemos limitado a recoger y a poner en su sitio natural las indicaciones fugitivas de ese programa apenas esbozado; no hemos podido ir más lejos.

Inversamente, se nos reprochará quizá el haber reproducido desarrollos referentes a puntos ya adquiridos antes de Ferdinand de Saussure. No todo puede ser nuevo en exposición tan vasta. Pero si principios ya conocidos son necesarios para la comprensión del conjunto ¿se nos reprochará el no haberlos suprimido? Así el capítulo de los cambios fonéticos contiene cosas ya dichas, y quizá de manera más definitiva; pero, fuera de que esa parte encierra muchos detalles originales y preciosos, una lectura, aun superficial, mostrará lo que implicaría su supresión, por contraste, para la comprensión de los principios sobre que Ferdinand de Saussure asienta su sistema de lingüística estática.

Tenemos conciencia de todo la responsabilidad que asumimos ante la crítica, ante el autor mismo, que quizá no habría autorizado la publicación de estas páginas. Responsabilidad que aceptamos por entero, sin compartirla con nadie. ¿Sabrá la crítica distinguir entre el maestro y sus intérpretes? Nosotros le agradeceríamos que dirigiera sobre nuestra

participación los golpes con que sería injusto agobiar una memoria que nos es amada.

Ginebra, julio 1915.

CHARLES BALLY y ALBERT SECHEHAYE.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta segunda edición no introduce cambio alguno esencial en el texto de la, primera. Los editores se han limitado a modificaciones de detalle, destinadas a hacer más clara la redacción y más precisa en algunos puntos.

CH. B. y A. S.

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

Fuera de algunas correcciones de detalle, esta edición repite a la anterior.

CH. B. y A. S.

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

OJEADA A LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

La ciencia que se ha constituido en torno de los hechos de lengua ha pasado por tres fases sucesivas antes de reconocer cuál es su verdadero y único objeto.

Se comenzó por organizar lo que se llamaba la «gramática». Este estudio, inaugurado por los griegos, continuado principalmente por los franceses, está fundado en la lógica y desprovisto de toda visión científica y desinteresada de la lengua misma; lo que la gramática se propone únicamente es dar reglas para distinguir las formas correctas de las formas incorrectas; es una disciplina normativa, muy alejada de la pura observación, y su punto de vista es necesariamente estrecho.

Después apareció la filología. Ya en Alejandría existía una escuela «filológica», pero este término se asocia sobre todo con el movimiento científico creado por Friedrich August Wolf a partir de 1777, que se continúa en nuestros días. La lengua no es el único objeto de la filología, que quiere sobre todo fijar, interpretar, comentar los textos; este primer estudio la lleva a ocuparse también de la historia literaria, de las costumbres, de las instituciones, etc.; en todas partes usa el método que le es propio, que es la crítica. Si aborda cuestiones lingüísticas, es sobre todo para comparar textos de diferentes épocas, para determinar la lengua particular de cada autor, para descifrar y explicar inscripciones redactadas en una lengua arcaica u oscura. Sin duda estas investigaciones son las que prepararon la lingüística histórica: los trabajos de Ritschl sobre Plauto pueden ya llamarse lingüísticos, pero, en ese terreno, la crítica filológica falla en un punto: en que se atiende demasiado servilmente a la lengua escrita y olvida la lengua viviente; por lo demás, la antigüedad grecolatina es la que la absorbe casi por entero.

El tercer período comenzó cuando se descubrió que se podían comparar las lenguas entre sí. Éste fue el origen de la filología comparativa o «gramática comparada». En 1816, en una obra titulada *Sistema de la conjugación del sánscrito*, Franz Bopp estudió las relaciones que unen el sánscrito con el germánico, el griego, el latín, etc. No fue Bopp el primero en señalar esas afinidades y en admitir que todas esas lenguas pertenecían a una misma familia: eso ya se había hecho antes que él, especialmente por el orientalista inglés William Jones († 1794); pero algunas afirmaciones aisladas no prueban que en 1816 fueran ya compren-

didas de modo general la significación y la importancia de esta verdad. Bopp no tiene, pues, el mérito de haber descubierto que el sánscrito es pariente de ciertos idiomas de Europa y de Asia, pero fue él quien comprendió que las relaciones entre lenguas parientes podían convertirse en la materia de una ciencia autónoma. Aclarar una lengua por medio de otra, explicar las formas de una por las formas de la otra, eso es lo que todavía no se había emprendido.

Es muy dudoso que Bopp hubiera podido crear su ciencia —por lo menos tan pronto— sin el descubrimiento del sánscrito. Esta lengua, al llegar como tercer testimonio junto al griego y el latín, le proporcionó una base de estudio más amplia y más sólida; y esa ventaja se encontró aumentada por la circunstancia por suerte inesperada, de que, el sánscrito está en condiciones excepcionalmente favorables para aclarar esta comparación.

Pongamos un ejemplo. Si se considera el paradigma del latín *genus* (*genus, generis, genere, genera, generum, etc.*) y el del griego *genós* (*généos, génei, génea, geneón, etc.*), estas series no dicen nada, ni tomadas por separado ni comparadas entre sí. Pero otra cosa es en cuanto se añade la serie correspondiente del sánscrito (*ġanas, ġanasi, ġanassu, ġanasām, etc.*). Basta con echar una mirada para percibir la relación que existe entre los paradigmas griego y latino. Admitiendo provisionalmente que *ġanas* representa el estado primitivo, ya que eso ayuda a la explicación, se saca en conclusión que en las formas griegas ha debido desaparecer una *s*, *géne(s)os, etc.*, cada vez que se encontraba entre dos vocales. Y se deduce luego que, en las mismas condiciones, la *s* se vuelve *r* en latín. Además, desde el punto de vista gramatical, el paradigma sánscrito sirve para precisar la noción de radical, pues este elemento corresponde a una unidad (*ġanas-*) perfectamente determinable y fija. El latín y el griego no conocieron más que en sus orígenes el estado que el sánscrito representa. La conservación de todas las *eses* indoeuropeas es, pues, lo que hace al sánscrito tan instructivo en este punto. Es verdad que en otros aspectos ha conservado menos los caracteres del prototipo: así, su vocalismo está completamente trastornado. Pero en general, los elementos originarios que conserva el sánscrito ayudan a la investigación de modo maravilloso, y el azar lo ha convertido en una lengua muy propia para esclarecer a las otras en gran número de casos.

Desde el comienzo se ven surgir junto a Bopp otros lingüistas de calidad: Jacob Grimm, el fundador de los estudios germánicos (su Gramática alemana se publicó de 1822 a 1836); Pott, cuyas investigaciones etimológicas pusieron en manos de los lingüistas una vasta suma de materiales; Kuhn, cuyos trabajos se ocupaban a la vez de la lingüística y de la mitología comparada; los indianistas Benfey y Aufrecht, etc.

Por fin, entre los últimos representantes de esta escuela, hay que señalar muy especialmente a Max Müller, Georg Curtius y August Schleicher. Todos tres, cada cual a su manera, hicieron mucho por los estudios comparativos. Max Müller los popularizó con sus brillantes disertaciones (*Lecciones sobre la ciencia del lenguaje*, 1861, en inglés); pero ciertamente no pecó por exceso de conciencia. Curtius, filólogo distinguido, conocido sobre todo por sus *Principios de etimología griega* (1879), fue uno de los primeros en reconciliar la gramática comparada con la filología clásica. La filología había seguido con desconfianza los progresos de la nueva ciencia, y esa desconfianza se había hecho recíproca. Schleicher fue, en fin, el primero que intentó codificar los resultados de las investigaciones parciales. Su *Compendio de gramática comparada de las lenguas indogermánicas* (1861) es una especie de sistematización de la ciencia fundada por Bopp. Este libro, que prestó grandes servicios durante largo tiempo, es el que mejor evoca la fisonomía de la escuela comparatista, la cual en verdad constituye el primer período de la lingüística indoeuropea.

Pero esta escuela, con haber tenido el mérito indisputable de abrir un campo nuevo y fecundo, no llegó a constituir la verdadera ciencia lingüística. Nunca se preocupó por determinar la naturaleza de su objeto de estudio. Y sin tal operación elemental, una ciencia es incapaz de procurarse un método.

El primer error, y el que contiene en germen todos los otros, es que en sus investigaciones —limitadas por lo demás a las lenguas indoeuropeas— nunca se preguntó la gramática comparada a qué conducían las comparaciones que establecía, qué es lo que significaban las relaciones que iba descubriendo. Fue exclusivamente comparativa en vez de ser histórica. Sin duda la comparación es la condición necesaria para toda reconstrucción histórica; pero, por sí sola, no permite llegar a conclusiones. Y las conclusiones se les escapaban a los comparatistas, tanto más cuanto que consideraban el desarrollo de dos lenguas como un naturalista lo haría con el cruzamiento de dos vegetales. Schleicher, por ejemplo, que nos invita siempre a partir del indoeuropeo, y que aparece en cierto sentido, pues, como muy historiador, no vacila en decir que en griego la *e* y la *o* son dos «grados» (*Stufen*) del vocalismo. Es que el sánscrito presenta un sistema de alternancias vocálicas que sugiere esa idea de los grados. Suponiendo, pues, que se debieran recorrer esos grados separada y paralelamente en cada lengua, como los vegetales de la misma especie recorren independientemente unos de otros las mismas fases de desarrollo, Schleicher veía en la *o* del griego un grado reforzado de la *e*, como veía en la *ā* del sánscrito un refuerzo de la *ā*. De hecho se trata de una alternancia indoeuropea que se refleja de modo diferente en griego y en sánscrito, sin

que haya paridad alguna necesaria entre los efectos gramaticales que desarrolla en una y en otra lengua (ver pág. 183 y sig.).

Este método exclusivamente comparativo implica todo un conjunto de concepciones erróneas que en nada corresponden a la realidad y que son extrañas a las verdaderas condiciones de todo lenguaje. Se consideraba la lengua como una esfera particular, un cuarto reino de la naturaleza; de ahí ciertas maneras de razonar que habrían chocado en cualquiera otra ciencia. Hoy no podemos leer ocho o diez líneas escritas en esa época sin quedarnos sorprendidos por las extravagancias del pensamiento y por los términos que se empleaban para justificarlas.

Pero, desde el punto de vista metodológico, el conocer esos errores no deja de tener su interés: las fallas de una ciencia en sus comienzos son la imagen agrandada de las que cometen los individuos empeñados en las primeras investigaciones científicas, y nosotros tendremos ocasión de señalar muchas de ellas en el curso de nuestra exposición.

Hasta 1870, más o menos, no se llegó a plantear la cuestión de cuáles son las condiciones de la vida de las lenguas. Se advirtió entonces que las correspondencias que las unen no son más que uno de los aspectos del fenómeno lingüístico, que la comparación no es más que un medio, un método para reconstruir los hechos.

La lingüística propiamente dicha, que dio a la comparación el lugar que le corresponde exactamente, nació del estudio de las lenguas romances y de las lenguas germánicas. Los estudios románicos inaugurados por Diez —su *Gramática de las lenguas romances* data de 1836-1838— contribuyeron particularmente a acercar la lingüística a su objeto verdadero. Y es que los romanistas se hallaban en condiciones privilegiadas, desconocidas de los indoeuropeístas; se conocía el latín, prototipo de las lenguas romances, y luego, la abundancia de documentos permitía seguir la evolución de los idiomas en los detalles. Estas dos circunstancias limitaban el campo de las conjeturas y daban a toda la investigación una fisonomía particularmente concreta. Los germanistas estaban en situación análoga; sin duda el protogermánico no se conoce directamente, pero la historia de las lenguas de él derivadas se puede seguir, con la ayuda de numerosos documentos, a través de una larga serie de siglos. Y también los germanistas, más apegados a la realidad, llegaron a concepciones diferentes de las de los primeros indoeuropeístas.

Un primer impulso se debió al americano Whitney, el autor de *La vida del lenguaje* (1875). Poco después se formó una escuela nueva, la de los neogramáticos (*Junggrammatiker*), cuyos jefes eran todos alemanes: Karl Brugmann, H. Osthoff, los germanistas W. Braune, Eduard Sievers, Hermann Paul, el eslavista Leskien, etc. Su mérito consistió en colocar en perspectiva histórica todos los resultados de la comparación, y

encadenar así los hechos en su orden natural. Gracias a los neogramáticos ya no se vio en la lengua un organismo que se desarrolla por sí mismo, sino un producto del espíritu colectivo de los grupos lingüísticos. Al mismo tiempo se comprendió cuán erróneas e insuficientes eran las ideas de la filología y de la gramática comparada¹. Sin embargo, por grandes que sean los servicios prestados por esta escuela, no se puede decir que haya hecho la luz sobre el conjunto de la cuestión, y todavía hoy los problemas fundamentales de la lingüística general aguardan solución.

¹ La nueva escuela, cinéndose cada vez más a la realidad, hizo guerra a la terminología de los comparatistas, y especialmente a las metáforas ilógicas de que se servían. Desde entonces ya no se atrevía uno a decir «la lengua hace esto o aquello», ni hablar de «la vida de la lengua», etc., ya que la lengua no es una entidad y no existe más que en los sujetos hablantes. Sin embargo, convendría no ir demasiado lejos, y basta con entenderse. Hay ciertas imágenes de que no se puede prescindir. Exigir que uno no se sirva más que de términos que respondan a las realidades del lenguaje es pretender que esas realidades ya no tienen misterio para nosotros. Pero estamos muy lejos de tal cosa. Así, pues, nosotros no vacilaremos en emplear cuando llegue la ocasión algunas expresiones que fueron censuradas en su época.

CAPÍTULO II

MATERIA Y TAREA DE LA LINGÜÍSTICA. SUS RELACIONES CON LAS CIENCIAS CONEXAS

La materia de la lingüística está constituida en primer lugar por todas las manifestaciones del lenguaje humano, ya se trate de pueblos salvajes o de naciones civilizadas, de épocas arcaicas, clásicas o de decadencia, teniendo en cuenta, en cada período, no solamente el lenguaje correcto y el «bien hablar», sino todas las formas de expresión. Y algo más aún: como el lenguaje no está las más veces al alcance de la observación, el lingüista deberá tener en cuenta los textos escritos, ya que son los únicos medios que nos permiten conocer los idiomas pretéritos o distantes.

La tarea de la lingüística será:

- a) hacer la descripción y la historia de todas las lenguas de que pueda ocuparse, lo cual equivale a hacer la historia de las familias de lenguas y a reconstruir en lo posible las lenguas madres de cada familia;
- b) buscar las fuerzas que intervengan de manera permanente y universal en todas las lenguas, y sacar las leyes generales a que se puedan reducir todos los fenómenos particulares de la historia;
- c) deslindarse y definirse ella misma.

La lingüística tiene conexiones muy estrechas con varias ciencias, unas que le dan datos, otras que se los toman. Los límites que la separan de ellas no siempre se ven con claridad. Por ejemplo, la lingüística tiene que diferenciarse cuidadosamente de la etnografía y de la prehistoria, donde el lenguaje no interviene más que a título de documento; tiene que distinguirse también de la antropología, que no estudia al hombre más que desde el punto de vista de la especie, mientras que el lenguaje es un hecho social. Pero ¿tendremos entonces que incorporarla a la sociología? ¿Qué relaciones existen entre la lingüística y la psicología social? En el fondo todo es psicológico en la lengua, incluso sus manifestaciones materiales y mecánicas, como los cambios fonéticos; y puesto que la lingüística suministra a la psicología social tan preciosos datos ¿no formará parte de ella? Éstas son cuestiones que aquí no hacemos más que indicar para volver a tomarlas luego.

Las conexiones de la lingüística con la fisiología no son tan difíciles de desenredar: la relación es unilateral, en el sentido de que el estudio de las lenguas pide aclaraciones a la fisiología de los sonidos, pero no se las pro-

porciona a su vez. En todo caso, la confusión entre las dos disciplinas es imposible: lo esencial de la lengua —ya lo veremos— es extraño al carácter fónico del signo lingüístico.

En cuanto a la filología, ya hemos llegado a un acuerdo seguro: es netamente distinta de la lingüística, a pesar de los puntos de contacto de las dos ciencias y de los servicios mutuos que se prestan.

¿Y cuál es la utilidad de la lingüística? Pocas personas tienen sobre esto ideas claras. No es éste el lugar de fijarlas; pero es evidente, por ejemplo, que las cuestiones lingüísticas interesan a todos cuantos —historiadores, filólogos, etc.— tienen que manejar textos. Más evidente todavía es su importancia para la cultura general: en la vida de los individuos y la de las sociedades no hay factor tan importante como el lenguaje. Sería inadmisibile que su estudio no interesara más que a unos cuantos especialistas: de hecho, todo el mundo se ocupa del lenguaje, poco o mucho; pero —consecuencia paradójica del interés que se le presta— no hay terreno donde hayan germinado más ideas absurdas, prejuicios, espejismos, ficciones. Desde el punto de vista psicológico, esos errores no son desdeñables; pero la tarea del lingüista es ante todo la de declararlos y disiparlos tan completamente como sea posible.

CAPÍTULO III

OBJETO DE LA LINGÜÍSTICA

§ 1. LA LENGUA; SU DEFINICIÓN

¿Cuál es el objeto a la vez integral y concreto de la lingüística? La cuestión es particularmente difícil; ya veremos luego por qué; limitémonos ahora a hacer comprender esa dificultad.

Otras ciencias operan con objetos dados de antemano y que se pueden considerar en seguida desde diferentes puntos de vista. No es así en la lingüística. Alguien pronuncia la palabra española *desnudo*: un observador superficial se sentirá tentado de ver en ella un objeto lingüístico concreto; pero un examen más atento hará ver en ella sucesivamente tres o cuatro cosas perfectamente diferentes, según la manera de considerarla: como sonido, como expresión de una idea, como correspondencia del latín (*dis*)*nūdum*, etc. Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto, y, además, nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión sea anterior o superior a las otras.

Por otro lado, sea cual sea el punto de vista adoptado, el fenómeno lingüístico presenta perpetuamente dos caras que se corresponden, sin que la una valga más que gracias a la otra. Por ejemplo:

1° Las sílabas que se articulan son impresiones acústicas percibidas por el oído, pero los sonidos no existirían sin los órganos vocales; así una *n* no existe más que por la correspondencia de estos dos aspectos. No se puede, pues, reducir la lengua al sonido, ni separar el sonido de la articulación bucal; a la recíproca, no se pueden definir los movimientos de los órganos vocales si se hace abstracción de la impresión acústica (ver pág. 56 y sigs.).

2° Pero admitamos que el sonido sea una cosa simple: ¿es el sonido el que hace al lenguaje? No; no es más que el instrumento del pensamiento y no existe por sí mismo. Aquí surge una nueva y formidable correspondencia: el sonido, unidad compleja acústico-vocal, forma a su vez con la idea una unidad compleja, fisiológica y mental. Es más:

3° El lenguaje tiene un lado individual y un lado social, y no se puede concebir el uno sin el otro. Por último:

4° En cada instante el lenguaje implica a la vez un sistema estable-

cido y una evolución; en cada momento es una institución actual y un producto del pasado. Parece a primera vista muy sencillo distinguir entre el sistema y su historia, entre lo que es y lo que ha sido; en realidad, la relación que une esas dos cosas es tan estrecha que es difícil separarlas. ¿Sería la cuestión más sencilla si se considerara el fenómeno lingüístico en sus orígenes, si, por ejemplo, se comenzara por estudiar el lenguaje de los niños? No, pues es una idea enteramente falsa esa de creer que en materia de lenguaje el problema de los orígenes difiere del de las condiciones permanentes. No hay manera de salir del círculo.

Así, pues, de cualquier lado que se mire la cuestión, en ninguna parte se nos ofrece entero el objeto de la lingüística. Por todas partes topamos con este dilema: o bien nos aplicamos a un solo lado de cada problema, con el consiguiente riesgo de no percibir las dualidades arriba señaladas, o bien, si estudiamos el lenguaje por muchos lados a la vez, el objeto de la lingüística se nos aparece como un montón confuso de cosas heterogéneas y sin trabazón. Cuando se procede así es cuando se abre la puerta a muchas ciencias —psicología, antropología, gramática normativa, filología, etc.—, que nosotros separamos distintamente de la lingüística, pero que, a favor de un método incorrecto, podrían reclamar el lenguaje como uno de sus objetos.

A nue; tro parecer, no hay más que una solución para todas estas dificultades: *hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje. En efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu.*

Pero ¿qué es la lengua? Para nosotros, la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad.

La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.

A este principio de clasificación se podría objetar que el ejercicio del lenguaje se apoya en una facultad que nos da la naturaleza, mientras que la lengua es cosa adquirida y convencional que debería quedar subordinada al instinto natural en lugar de anteponersele.

He aquí lo que se puede responder. En primer lugar, no está probado que la función del lenguaje, tal como se manifiesta cuando hablamos, sea enteramente natural, es decir, que nuestro aparato vocal esté hecho para hablar como nuestras piernas para andar. Los lingüistas están lejos de ponerse de acuerdo sobre esto. Así, para Whitney, que equipara la lengua a una institución social con el mismo título que todas las otras, el que nos sirvamos del aparato vocal como instrumento de la lengua es cosa del azar, por simples razones de comodidad: lo mismo habrían podido los hombres elegir el gesto y emplear imágenes visuales en lugar de las imágenes acústicas. Sin duda, esta tesis es demasiado absoluta; la lengua no es una institución social semejante punto por punto a las otras (ver pág. 99 y sigs., y 101); además, Whitney va demasiado lejos cuando dice que nuestra elección ha caído por asar en los órganos de la voz; de cierta manera, ya nos estaban impuestos por la naturaleza. Pero, en el punto esencial, el lingüista americano parece tener razón: la lengua es una convención y la naturaleza del signo en que se conviene es indiferente. La cuestión del aparato vocal es, pues, secundaria en el problema del lenguaje.

Cierta definición de lo que se llama *lenguaje articulado* podría confirmar esta idea. En latín *articulus* significa 'miembro, parte, subdivisión en una serie de cosas'; en el lenguaje, la articulación puede designar o bien la subdivisión de la cadena hablada en sílabas, o bien la subdivisión de la cadena de significaciones en unidades significativas; este sentido es el que los alemanes dan a su *gegliederte Sprache*. Ateniéndonos a esta segunda definición, se podría decir que no es el lenguaje hablado el natural al hombre, sino la facultad de constituir una lengua, es decir, un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas.

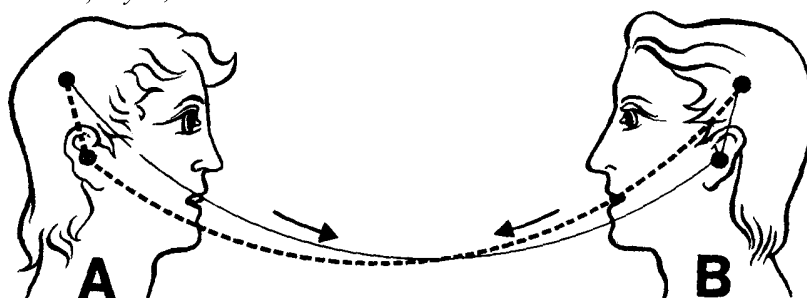
Broca ha descubierto que la facultad de hablar está localizada en la tercera circunvolución frontal izquierda: también sobre esto se han apoyado algunos para atribuir carácter natural al lenguaje. Pero esa localización se ha comprobado para todo lo que se refiere al lenguaje, incluso la escritura, y esas comprobaciones, añadidas a las observaciones hechas sobre las diversas formas de la afasia por lesión de tales centros de localización, parecen indicar: 1° que las diversas perturbaciones del lenguaje oral están enredadas de mil maneras con las del lenguaje escrito; 2° que en todos los casos de afasia o de agrafia lo lesionado es menos la facultad

de proferir tales o cuales sonidos o de trazar tales o cuales signos, que la de evocar por un instrumento, cualquiera que sea, los signos de un lenguaje regular. Todo nos lleva a creer que por debajo del funcionamiento de los diversos órganos existe una facultad más general, la que gobierna los signos: ésta sería la facultad lingüística por excelencia. Y por aquí llegamos a la misma conclusión arriba indicada.

Para atribuir a la lengua el primer lugar en el estudio del lenguaje, se puede finalmente hacer valer el argumento de que la facultad —natural o no— de articular palabras no se ejerce más que con la ayuda del instrumento creado y suministrado por la colectividad; no es, pues, quimérico decir que es la lengua la que hace la unidad del lenguaje.

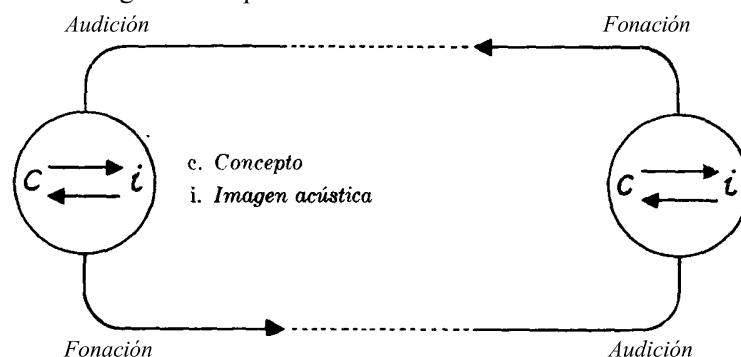
§ 2. LUGAR DE LA LENGUA EN LOS HECHOS DE LENGUAJE

Para hallar en el conjunto del lenguaje la esfera que corresponde a la lengua, hay que situarse ante el acto individual que permite reconstruir el circuito de la palabra. Este acto supone por lo menos dos individuos: es el *mínimum exigible* para que el circuito sea completo. Sean, pues, dos personas, *A* y *B*, en conversación:



El punto de partida del circuito está en el cerebro de uno de ellos, por ejemplo, en el de *A*, donde los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos, se hallan asociados con las representaciones de los signos lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión. Supongamos que un concepto dado desencadena en el cerebro una imagen acústica correspondiente: éste es un fenómeno enteramente *psíquico*, seguido a su vez de un proceso *fisiológico*: el cerebro transmite a los órganos de la fonación un impulso correlativo a la imagen; luego las ondas sonoras se propagan de la boca de *A* al oído de *B*: proceso puramente *físico*. A continuación el circuito sigue en *B* un orden inverso: del oído al cerebro, transmisión fisiológica de la imagen acústica; en el cerebro, asociación psíquica de esta imagen con el concepto correspondiente. Si *B* habla a su vez, este nuevo

acto seguirá —de su cerebro al de A— exactamente la misma marcha que el primero y pasará por las mismas fases sucesivas que representamos con el siguiente esquema:



Este análisis no pretende ser completo. Se podría distinguir todavía: la sensación acústica pura, la identificación de esa sensación con la imagen acústica latente, la imagen muscular de la fonación, etc. Nosotros sólo hemos tenido en cuenta los elementos juzgados esenciales; pero nuestra figura permite distinguir en seguida las partes físicas (ondas sonoras) de las fisiológicas (fonación y audición) y de las psíquicas (imágenes verbales y conceptos). Pues es de capital importancia advertir que la imagen verbal no se confunde con el sonido mismo, y que es tan legítimamente psíquica como el concepto que le está asociado.

El circuito, tal como lo hemos representado, se puede dividir todavía:

a) en una parte externa (vibración de los sonidos que van de la boca al oído) y una parte interna, que comprende todo el resto;

b) en una parte psíquica y una parte no psíquica, incluyéndose en la segunda tanto los hechos fisiológicos de que son asiento los órganos, como los hechos físicos exteriores al individuo;

c) en una parte activa y una parte pasiva: es activo todo lo que va del centro de asociación de uno de los sujetos al oído del otro sujeto, y pasivo todo lo que va del oído del segundo a su centro de asociación;

Por último, en la parte psíquica localizada en el cerebro se puede llamar ejecutivo todo lo que es activo ($c \rightarrow i$) y receptivo todo lo que es pasivo ($i \rightarrow c$).

Es necesario añadir una facultad de asociación y de coordinación, que se manifiesta en todos los casos en que no se trate nuevamente de signos aislados; esta facultad es la que desempeña el primer papel en la organización de la lengua como sistema (ver pág. 147 y sigs.).

Pero, para comprender bien este papel, hay que salirse del acto individual, que no es más que el embrión del lenguaje, y encararse con el hecho social.

Entre todos los individuos así ligados por el lenguaje, se establecerá una especie de promedio: todos reproducirán —no exactamente, sin duda, pero sí aproximadamente— los mismos signos unidos a los mismos conceptos.

¿Cuál es el origen de esta cristalización social? ¿Cuál de las dos partes del circuito puede ser la causa? Pues lo más probable es que no todas participen igualmente.

La parte física puede descartarse desde un principio. Cuando oímos hablar una lengua desconocida, percibimos bien los sonidos, pero, por nuestra incompreensión, quedamos fuera del hecho social.

La parte psíquica tampoco entra en juego en su totalidad: el lado ejecutivo queda fuera, porque la ejecución jamás está a cargo de la masa, siempre es individual, y siempre el individuo es su arbitro; nosotros lo llamaremos el *habla (parole)*.

Lo que hace que se formen en los sujetos hablantes acuñaciones que llegan a ser sensiblemente idénticas en todos es el funcionamiento de las facultades receptiva y coordinativa. ¿Cómo hay que representarse este producto social para que la lengua aparezca perfectamente separada del resto? Si pudiéramos abarcar la suma de las imágenes verbales almacenadas en todos los individuos, entonces topáramos con el lazo social que constituye la lengua. Es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa.

Al separar la lengua del habla (*langue et parole*), se separa a la vez: 1° lo que es social de lo que es individual; 2° lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental.

La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella más que para la actividad de clasificar, de que hablamos en la pág. 147 y sigs.

El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1° las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2° el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones.

Hemos de subrayar que lo que definimos son cosas y no palabras; las distinciones establecidas nada tienen que temer de ciertos términos ambiguos que no se recubren del todo de lengua a lengua. Así en alemán *Sprache* quiere decir lengua y lenguaje; *Rede* corresponde bastante bien a *habla* (fr. *parole*), pero añadiendo el sentido especial de 'discurso'. En latín, *sermo* significa más bien lenguaje y habla, mientras que *lingua* designa la lengua, y así sucesivamente.

Ninguna palabra corresponde exactamente a cada una de las nociones precisadas arriba; por eso toda definición hecha a base de una palabra es vana; es mal método el partir de las palabras para definir las cosas.

Recapitulemos los caracteres de la lengua:

1° Es un objeto bien definido en el conjunto heteróclito de los hechos de lenguaje. Se la puede localizar en la porción determinada del circuito donde una imagen acústica viene a asociarse con un concepto. La lengua es la parte social del lenguaje, exterior al individuo, que por sí solo no puede ni crearla ni modificarla; no existe más que en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad. Por otra parte, el individuo tiene necesidad de un aprendizaje para conocer su funcionamiento; el niño se la va asimilando poco a poco. Hasta tal punto es la lengua una cosa distinta, que un hombre privado del uso del habla conserva la lengua con tal que comprenda los signos vocales que oye.

2° La lengua, distinta del habla, es un objeto que se puede estudiar separadamente. Ya no hablamos las lenguas muertas, pero podemos muy bien asimilarnos su organismo lingüístico. La ciencia de la lengua no sólo puede prescindir de otros elementos del lenguaje, sino que sólo es posible a condición de que esos otros elementos no se inmiscuyan.

3° Mientras que el lenguaje es heterogéneo, la lengua así delimitada es de naturaleza homogénea: es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica, y donde las dos partes del signo son igualmente psíquicas.

4° La lengua, no menos que el habla, es un objeto de naturaleza concreta, y esto es gran ventaja para su estudio. Los signos lingüísticos no por ser esencialmente psíquicos son abstracciones; las asociaciones ratificadas por el consenso colectivo, y cuyo conjunto constituye la lengua, son realidades que tienen su asiento en el cerebro. Además, los signos de la lengua son, por decirlo así, tangibles; la escritura puede fijarlos en imágenes convencionales, mientras que sería imposible fotografiar en todos sus detalles los actos del habla; la fonación de una palabra, por pequeña que sea, representa una infinidad de movimientos musculares extremadamente difíciles de conocer y de imaginar. En la lengua, por el contrario, no

hay más que la imagen acústica, y ésta se puede traducir en una imagen visual constante. Pues si se hace abstracción de esta multitud de movimientos necesarios para realizarla en el habla, cada imagen acústica no es, como luego veremos, más que la suma de un número limitado de elementos o fonemas, susceptibles a su vez de ser evocados en la escritura por un número correspondiente de signos. Esta posibilidad de fijar las cosas relativas a la lengua es la que hace que un diccionario y una gramática puedan ser su representación fiel, pues la lengua es el depósito de las imágenes acústicas y la escritura la forma tangible de esas imágenes.

§ 3. LUGAR DE LA LENGUA EN LOS HECHOS HUMANOS.
LA SEMIOLOGÍA

Estos caracteres nos hacen descubrir otro más importante. La lengua, deslindada así del conjunto de los hechos de lenguaje, es clasificable entre los hechos humanos, mientras que el lenguaje no lo es.

Acabamos de ver que la lengua es una institución social, pero se diferencia por muchos rasgos de las otras instituciones políticas, jurídicas, etc. Para comprender su naturaleza peculiar hay que hacer intervenir un nuevo orden de hechos.

La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc., etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas.

Se puede, pues, concebir *una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social*. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos *semiología*¹ (del griego *sēmeîon* 'signo'). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos.

Al psicólogo toca determinar el puesto exacto de la semiología²; tarea del lingüista es definir qué es lo que hace de la lengua un sistema

¹ No confundir la *semiología* con la *semántica*, que estudia los cambios de *significación*, y de la que Ferdinand de Saussure no hizo una exposición metódica, aunque nos dejó formulado su principio tímidamente en la pág. 130. (B. y S.)

² Cfr. A. NAVILLE, *Classification des sciences*, 2a edición, pág. 104.

especial en el conjunto de los hechos semiológicos. Más adelante volveremos sobre la cuestión; aquí sólo nos fijamos en esto: si por vez primera hemos podido asignar a la lingüística un puesto entre las ciencias es por haberla incluido en la semiología.

¿Por qué la semiología no es reconocida como ciencia autónoma, ya que tiene como las demás su objeto propio? Es porque giramos dentro de un círculo vicioso: de un lado, nada más adecuado que la lengua para hacer comprender la naturaleza del problema semiológico; pero, para plantearlo convenientemente, se tendría que estudiar la lengua en sí misma; y el caso es que, hasta ahora, casi siempre se la ha encarado en función de otra cosa, desde otros puntos de vista.

Tenemos, en primer lugar, la concepción superficial del gran público, que no ve en la lengua más que una nomenclatura (ver pág. 91), lo cual suprime toda investigación sobre su naturaleza verdadera. Luego viene el punto de vista del psicólogo, que estudia el mecanismo del signo en el individuo. Es el método más fácil, pero no lleva más allá de la ejecución individual, sin alcanzar al signo, que es social por naturaleza.

O, por último, cuando algunos se dan cuenta de que el signo debe estudiarse socialmente, no retienen más que los rasgos de la lengua que la ligan a otras instituciones, aquellos que dependen más o menos de nuestra voluntad; y así es como se pasa tangencialmente a la meta, desdeñando los caracteres que no pertenecen más que a los sistemas semiológicos en general y a la lengua en particular. Pues el signo es ajeno siempre en cierta medida a la voluntad individual o social, y en eso está su carácter esencial, aunque sea el que menos evidente se haga a primera vista.

Así, ese carácter no aparece claramente más que en la lengua, pero también se manifiesta en las cosas menos estudiadas, y de rechazo se suele pasar por alto la necesidad o la utilidad particular de una ciencia semiológica. Para nosotros, por el contrario, el problema lingüístico es primordialmente semiológico, y en este hecho importante cobran significación nuestros razonamientos. Si se quiere descubrir la verdadera naturaleza de la lengua, hay que empezar por considerarla en lo que tiene de común con todos los otros sistemas del mismo orden; factores lingüísticos que a primera vista aparecen como muy importantes (por ejemplo, el juego del aparato fonador) no se deben considerar más que de segundo orden si no sirven más que para distinguir a la lengua de los otros sistemas. Con eso no solamente se esclarecerá el problema lingüístico, sino que, al considerar los ritos, las costumbres, etc., como signos, estos hechos aparecerán a otra luz, y se sentirá la necesidad de agruparlos en la semiología y de explicarlos por las leyes de esta ciencia.